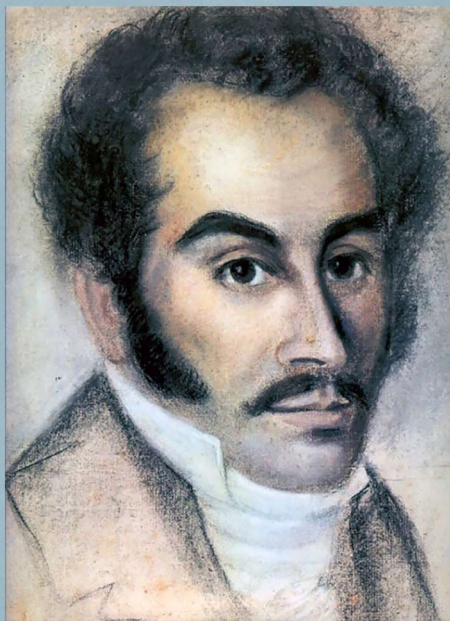


Carta de Jamaica

SIMÓN BOLÍVAR



Téxto introductorio
CARMEN BOHÓRQUEZ

Centro
de Estudios

Simón Bolívar

Carta de Jamaica

SIMÓN BOLÍVAR

Centro
de Estudios

Simón

Bolívar



© Centro de Estudios Simón Bolívar, 2020

Cuidado de la edición y corrección

Yessica La Cruz

Diseño y diagramación

Orión Hernández

Colaboración

Alejandro López y Simón Sánchez

ISBN: 978-980-419-066-7

Hecho el Depósito de Ley:

Depósito legal: DC2020000843

Índice

Presentación	7
La idea de la unidad de Nuestra América en la Carta de Jamaica CARMEN BOHÓRQUEZ	11
Carta de Jamaica SIMÓN BOLÍVAR	19

Presentación

El Centro de Estudios Simón Bolívar conmemora los 205 años de la *Carta de Jamaica* con esta primera publicación, que presenta una versión revisada y actualizada de este texto, que es clave para comprender la dimensión continental del pensamiento bolivariano. Igualmente se incluye un ensayo de la filósofa e historiadora Carmen Bohórquez, donde la autora aborda uno de los temas centrales planteados por el Libertador Simón Bolívar en su escrito del 6 de septiembre de 1815: La necesaria unidad geopolítica de los pueblos americanos; un principio doctrinal que caracteriza la lucha independentista venezolana y que fundamenta el proyecto descolonizador del Libertador.

Cuando Bolívar llega a Jamaica, el 14 de mayo de 1815, conoce muy bien los beneficios, así como las dificultades, que conlleva la cooperación política y militar entre pueblos hermanos, que comparten la lucha contra el Imperio español. Tras la caída de la Primera República venezolana en 1812, Bolívar se exilia por primera vez en las Provincias Unidas de la Nueva Granada, se integra a su ejército y vence al enemigo español en las ciudades de Tenerife, el Guamal y Cúcuta entre finales de ese año y comienzos del siguiente. Probada su capacidad estratégica y eficacia en el combate, recibe el apoyo del presidente Camilo Torres y lidera la Campaña Admirable que libera a Venezuela en 1813.

Tras la derrota de las fuerzas patriotas venezolanas durante el *año terrible* de 1814, el Libertador es recibido nuevamente por el gobierno federal de Torres, que enfrenta la oposición del estado centralista de Cundinamarca. A Bolívar le es encomendada la incorporación de los territorios rebeldes a la unión neogranadina y cumple con éxito esta tarea, cuando entra en Santa Fe de Bogotá en diciembre de 1814. A principios de 1815 es nombrado capitán general del Ejército de la Confederación de la Nueva Granada y nuevamente proyecta la liberación de Venezuela, sin embargo, en esta oportunidad, tanto el comandante militar como el gobernador de Cartagena, desconocen su autoridad y deciden no respaldar su plan.

Ante este revés, que tiene su origen en la profunda división que existe entre los patriotas neogranadinos, Bolívar decide separarse de

todo mando, renuncia a sus cargos militares y se enrumba a Jamaica. Desde esta isla caribeña, centra su mirada en Europa y busca entablar relaciones con el gobierno inglés para solicitar su apoyo a la causa patriota americana, tal como lo hizo cinco años atrás, cuando encabezó la primera misión diplomática venezolana en Europa. No obstante, un fenómeno creciente conspira contra los planes de Bolívar: el repunte del absolutismo.

Los reinos de Austria, Prusia y Rusia, miembros de la Santa Alianza, y la monarquía inglesa, unen fuerzas contra el liberalismo francés y logran derrotar a Napoleón Bonaparte en la batalla de Waterloo, el 18 de junio de 1815. Con esta victoria se consolida una negociación geopolítica, donde también participa el rey español Fernando VII, quien había retornado al poder el año anterior. Aunque Inglaterra mantiene excelentes relaciones comerciales con las colonias españolas que están en rebeldía, finalmente decide no comprometerse con su emancipación, porque los acuerdos territoriales y militares que ha negociado con las otras potencias europeas en el marco del Congreso de Viena (1814-1815), vuelven a atarla circunstancialmente a España.

Durante 1815, mientras en Europa se consolida una unidad política en torno al Antiguo Régimen, en las colonias americanas la lucha por la Independencia es desigual y se inclina a favor del Imperio español. En el Virreinato del Perú, a comienzos de ese año, son ejecutados Mateo Pumacahua y los hermanos Vicente, José y Mariano Angulo; principales líderes de la gran rebelión que había estallado en el Cuzco el año anterior. Una situación similar ocurre en la Real Audiencia de Guatemala (actuales territorios de Chiapas, Guatemala, Belice, Nicaragua, El Salvador, Honduras y Costa Rica), donde reina la persecución impuesta por el capitán general José de Bustamante y Guerra, tras la sublevación independentista salvadoreña de principios de 1814, encabezada por Juan Manuel Rodríguez, Domingo Antonio de Lara y Santiago José Celis, entre otros patriotas. En la Nueva España es capturado y fusilado el líder independentista José María Morelos y, con él, desaparece el liderazgo militar en las fuerzas revolucionarias mexicanas. Solo en las Provincias Unidas del Río de la Plata, el general José San Martín comienza a tener éxito en la organización de un contingente armado integrado por argentinos

y chilenos que, a partir de 1816, será conocido oficialmente como el Ejército de los Andes.

En cuanto a la Nueva Granada y Venezuela, ambos territorios se convierten en el punto de desembarco y despliegue de la expedición “pacificadora” enviada por Fernando VII a América en 1815. La marcha de esta campaña militar comandada por Pablo Morillo es demoledora. Entre abril y junio, las fuerzas realistas logran dominar a la isla de Margarita y todo el eje de la costa norte venezolana; desde Cumaná, pasando por La Guaira y Puerto Cabello, hasta Maracaibo. A finales de julio, Morillo arriba a Santa Marta y, el mes siguiente, dirige el asedio a Cartagena; último bastión de los patriotas neogranadinos, que finalmente cae el 6 de diciembre de 1815.

Las pugnas políticas internas que llevan al Libertador a Jamaica, la coalición de las potencias en Europa y los éxitos de la reconquista española en América, son elementos que definen el complejo contexto en el que se redacta la conocida *Contestación de un americano meridional a un caballero de esta isla*. Pero este escrito, en lugar de reflejar desesperanza y derrota, constituye el testimonio de la voluntad que tiene Bolívar por continuar y afianzar la lucha común por la libertad americana.

La *Carta de Jamaica* es un certero análisis situacional de la revolución independentista, donde el Libertador propone por primera vez la necesidad de una confederación entre los pueblos del continente que luchan contra un enemigo común, no a través de “prodigios divinos sino por efectos sensibles y esfuerzos bien dirigidos”. En adelante, el Libertador se dedica a este fin. En Haití encuentra el apoyo que no halló en Inglaterra y lidera la organización de dos expediciones navales que, finalmente, lo llevarán a Venezuela a comienzos de 1817.

A partir de entonces el Ejército Libertador, integrado por combatientes de distintas naciones americanas y europeas, emprende un avance indetenible que, entre 1819 y 1825, asegura la liberación de los actuales territorios de Venezuela, Colombia, Ecuador, Panamá y Bolivia. Diez años después de la *Carta de Jamaica*, Bolívar demuestra con los hechos la efectividad de sus planteamientos y la fuerza que tiene la unidad de los patriotas. En 1826 ve realizada su obra con la primera reunión de representantes de las naciones libres de América en el Congreso Anfictiónico

de Panamá; hecho que marca un hito en lo relativo a las relaciones internacionales en nuestro continente. Es así como la *Carta de Jamaica* cobra una inmensa vigencia actual, en tiempos donde nuestros pueblos mantienen la lucha firme por su Soberanía, Independencia y Libertad.

CENTRO DE ESTUDIOS SIMÓN BOLÍVAR

La idea de la unidad de Nuestra América en la Carta de Jamaica¹

CARMEN BOHÓRQUEZ

La *Carta de Jamaica*, escrita en 1815, constituye un hito fundamental en el proceso de madurez política e intelectual del Libertador Simón Bolívar. A cinco años de iniciado el proceso de independencia en Venezuela y luego de haber sufrido dos derrotas consecutivas en el intento de formar una República libre, donde antes solo había habido sometimiento colonial e imposición de un régimen absolutista del cual todos eran obligados vasallos, Bolívar se descubre solo y envuelto en un tumulto de sentimientos que lo hacen oscilar entre el paroxismo utópico al que lo empujaba su temperamento y la aceptación del fracaso que le imponía la dura realidad vivida.

Hasta ese momento Bolívar había sido un guerrero que comenzaba a mostrar su talante de líder y su inteligencia estratégica, que lo proyectaba ya como un genio militar. La *Carta de Jamaica* lo comienza a definir como un verdadero estadista. En ella se ve obligado a reflexionar sobre la realidad global de toda la América Meridional, a examinar en detalle las circunstancias de orden político, social, histórico, geográfico y cultural que definen cada una de las regiones que componen el continente y, lo que le es más exigente, a hacer un ejercicio de proyección de lo que podría llegar a ser en el futuro cada una de estas regiones, e incluso a hacer predicciones sobre el camino político que se les abría a cada una de ellas.

Las circunstancias que lo envuelven en ese 1815 lo van a enfrentar, esta vez con conciencia crítica, a las tres grandes interrogantes que habían retado a la generación de Miranda y a su propia generación: qué eran los americanos, qué justificaba la ruptura con la madre patria y por

¹ Este ensayo se publicó anteriormente, como parte de la compilación *La Carta de Jamaica en el siglo XXI. Aproximaciones críticas a un documento bicentenario*, publicada por el Centro Nacional de Historia, Caracas, 2016.

qué era tan necesario conjugar los esfuerzos de todos en una sola acción emancipadora. Es decir, que la suerte de América se jugaba en estas tres variables: *identidad, independencia* y *unidad*; que desde entonces y hasta nuestros días se mostrarán como un todo indisoluble.

En efecto, mal podemos plantearnos la negación de aquello que nos oprime si no resolvemos primero la cuestión del *qué somos*. Solo teniendo conciencia de lo que éramos como distintos de ese otro que nos mantenía sujetos a sus propios intereses; de lo que éramos como americanos con derecho a un proyecto histórico propio era que podíamos plantearnos una ruptura radical con España, con el rey y con todos sus códigos de conducta legales, morales y culturales. Solo teniendo conciencia de que somos esclavos es que podemos rebelarnos contra la esclavitud. Pero tampoco un esclavo aislado puede abolir el sistema que lo niega como persona; necesario es que esa conciencia se haga colectiva y que se junten los esfuerzos de todos para que la acción liberadora tenga posibilidades de éxito. En otras palabras, la liberación no puede darse sino en el marco de una acción conjunta de todos los afectados, en el marco de una unidad presupuesta y trabajada que actúe como fuerza posibilitante y consolidadora de esa libertad deseada. Son las coordenadas que orientan la reflexión de Bolívar en la *Carta de Jamaica* y sobre ellas intentará definir el futuro de una América independiente y unida que asombre al mundo más por su libertad y gloria que por su extensión y riquezas.

Por eso fue crucial la pregunta que se va a hacer Francisco de Miranda, primero, y Simón Bolívar después, de quiénes éramos los americanos. “Somos”, llega a decir Bolívar en la *Carta de Jamaica*, “un pequeño género humano... ni indios ni europeos, sino una especie media entre los legítimos propietarios del país y los usurpadores españoles”. Se trata de una pregunta esencial que todavía no hemos terminado de responder y por ello, después de muerto Bolívar, volvimos a ser presas de nuevos imperios y seguimos mirando nuestra realidad con ojos ajenos, y suspirando por imitar modos de vida de sociedades que nada tienen que ver con nuestra manera de ser.

Ante el permanente riesgo de seguir siendo dominados, el Libertador entendió que era necesario que la América, objeto de tanta codicia, lograra desarrollar un efectivo mecanismo de defensa que le permitiera

consolidar su independencia, y esa defensa no era otra que la unidad de todos los pueblos en la defensa de un proyecto común. Una unidad vislumbrada ya por Miranda como única manera de conquistar la libertad, pero también como única manera de recuperar los siglos perdidos por la condición de vasallaje colonial. Para Bolívar, la búsqueda de esa necesaria unidad lo lleva a examinar en la *Carta de Jamaica* distintas estrategias que van desde las alianzas regionales hasta el ideal máximo de nuclear a todos los pueblos del Sur en un solo proyecto político que proveyera a las nacientes naciones de una sólida base común que les permitiera actuar como bloque ante España, ante cualquier intento de reconquista por parte de las potencias europeas y, más tarde, ante los Estados Unidos, que ya desde 1823 habían dejado ver claramente cuáles eran sus intenciones ante una América del Sur a punto de expulsar definitivamente a los ejércitos españoles de su territorio.

Esta idea de la unidad se hará concreción más tarde en el Congreso de Angostura con la creación de la República de Colombia², integrada por Venezuela, Nueva Granada y Quito y con la realización de la vieja idea mirandina de crear un congreso continental, con sede en Panamá, que sirviera de fundamento legal a la creación de una sola América libre y unida bajo un solo cognomento: *Colombia*. De este modo, desde 1826 el sueño imperial de los Estados Unidos tuvo claramente su contrafuerte: la unión de los pueblos del Sur. Aparece así la unidad como la única fuerza capaz de detener las apetencias imperiales.

A partir de ese momento comenzó el enfrentamiento que se ha mantenido cada vez más vivo entre Monroe y Bolívar, y que llegó a su máxima expresión en 1990 con la “Iniciativa para las Américas”, formulada por George Bush, padre, una vez caída la Unión Soviética, que les hizo proclamar el fin de las ideologías y el comienzo de una era en la que los

2 “Colombia” fue el nombre ideado por Miranda para identificar ante el resto del mundo a la nueva nación que surgiría una vez que la América Meridional se viera libre del poder español. Esta única nación tendría por límites los mismos que ocupara España durante los tres siglos de coloniaje: desde el sur del Misisipi hasta la Patagonia. El nombre “Colombia” fue adoptado por Bolívar y por todos los libertadores para designar a esa América que nacía independiente, soberana y unida.

Estados Unidos aparecía como el único dueño del mundo. Esta Iniciativa que contenía las líneas estratégicas de lo que cuatro años más tarde sería presentada como la propuesta del ALCA, constituyó la estrategia más acabada de hacer realidad la Doctrina Monroe: la América toda para los americanos. De hecho, durante la presentación de la propuesta del ALCA en la I Cumbre de las Américas (Miami, 9 al 11 de diciembre de 1994), a la que fueron convocados todos los países de nuestro hemisferio con la excepción de Cuba, por razones obvias, el presidente Bill Clinton, el anfitrión en ese momento, llegó a decir que “ahora sí estamos acercándonos al sueño de Bolívar”. Frase que solo impresionaría a quienes sufren de amnesia histórica.

La idea de retomar la construcción de la unidad de América como un arma política que permitiera concretar el proceso de independencia iniciado hace 200 años, la hará realidad Hugo Chávez Frías. Con gran visión estratégica, Chávez comprendió y supo hacer visibles ante su pueblo, los mecanismos de los que se había valido Estados Unidos a lo largo de dos siglos para ir sometiendo el territorio de la América del Sur a su proyecto imperial. Hizo patente además que el dilema en el que se debatía actualmente Nuestra América no era sino la continuidad de la eterna lucha por la afirmación de su soberanía, y que seguía vigente el reto planteado por Simón Bolívar cuando se dio cuenta de que la única manera de parar la estrategia de dominación del imperio era oponiéndole una estrategia de liberación; y que esa liberación no se daría sino a través de la unidad de los pueblos y de la naciones, en torno a un proyecto histórico propio y autónomo.

Así, en diciembre del 2001 estará lanzando lo que será su plan estratégico de liberación: el ALBA, concebido en Margarita junto al comandante Fidel Castro durante la III Cumbre de Jefes de Estado y de Gobierno de la Asociación de Estados del Caribe.

El ALBA (Alternativa Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América) se presenta como un proyecto de unidad continental que al igual que el lanzado por Bolívar en 1826, perseguirá el mismo objetivo: constituir un bloque consolidado de poder que pueda hacerle frente al imperio e impedir que logre sus objetivos. De hecho, se trata de una alianza antimperialista y anticolonialista. Contra la falsa integración que proponía

el ALCA, que realmente no era sino un proyecto de anexión de nuestras economías a un gran mercado continental dominado y dirigido por los Estados Unidos, el ALBA propone unir a los países de América Latina y el Caribe en un solo bloque económico, político y social de acuerdo con los reales principios y valores que deben regir una verdadera e igualitaria integración: la justicia, la solidaridad, la cooperación, la complementariedad y el desarrollo equitativo; todo dentro del máximo respeto a la soberanía y autodeterminación de los pueblos.

Como estrategia liberadora, el ALBA, que hoy agrupa a doce países, no solo mostró que no hay otro camino hacia la definitiva independencia que la unidad de todos los pueblos de Nuestra América, sino que fue el paso decisivo para alcanzar niveles superiores de unidad como lo serán luego Unasur y la Celac. En particular esta última representa el mayor ejercicio de autonomía jamás realizado por Nuestra América, sin dependencias ni tutelaje alguno de potencias imperiales. Todo ello debido en gran parte a la convicción y a la tenacidad de ese gran bolivariano que fue el comandante Chávez. Hoy el sueño de Bolívar se ha hecho realidad y Nuestra América, independiente, unida y cada vez más segura de sí misma, está a las puertas de convertirse en un respetable polo de poder que contribuya a asegurar la paz en el mundo.

❧ Carta de Jamaica ❧

Contestación de un americano meridional a un caballero de esta isla¹

Muy señor mío:

Me apresuro a contestar la carta de 29 del mes pasado que Vd. me hizo el honor de dirigirme y yo recibí con la mayor satisfacción.

Sensible como debo, al interés que Vd. ha querido tomar por la suerte de mi patria, afligiéndose con ella por los tormentos que padece, desde su descubrimiento hasta estos últimos períodos, por parte de sus destructores los españoles, no siento menos el comprometimiento en que me ponen las solícitas demandas que Vd. me hace sobre los objetos más importantes de la política americana. Así, me encuentro en un conflicto entre el deseo de corresponder a la confianza con que Vd. me favorece y el impedimento de satisfacerla, tanto por la falta de documentos y de libros cuanto por los limitados conocimientos que poseo de un país tan inmenso, variado y desconocido como el Nuevo Mundo.

En mi opinión es imposible responder a las preguntas con que Vd. me ha honrado. El mismo barón de Humboldt, con su universalidad de conocimientos teóricos y prácticos, apenas lo haría con exactitud; porque, aunque una parte de la estadística y revolución de América es conocida, me atrevo a asegurar que la mayor está cubierta de tinieblas y, por consecuencia, solo se pueden ofrecer conjeturas más o menos aproximadas, sobre todo en lo relativo a la suerte futura y a los verdaderos proyectos de los americanos; pues cuantas combinaciones suministra la historia de las naciones, de otras tantas es susceptible la nuestra, por su posición física, por las vicisitudes de la guerra y por los cálculos de la política.

Como me conceptúo obligado a prestar atención a la apreciable carta de Vd., no menos que a sus filantrópicas miras, me animo a dirigirle estas líneas, en las cuales ciertamente no hallará Vd. las ideas luminosas que desea, mas sí las ingenuas expresiones de mis pensamientos.

1 Para una mejor comprensión del lector actual de tan valioso documento, esta transcripción se realizó aplicando la norma ortográfica vigente en la escritura de aquellos vocablos que han variado desde hace doscientos cinco años hasta ahora.

“Tres siglos ha”, dice Vd., que “empezaron las barbaridades que los españoles cometieron en el grande hemisferio de Colón”. Barbaridades que la presente edad ha rechazado como fabulosas, porque parecen superiores a la perversidad humana; y jamás serían creídas por los críticos modernos si constantes y repetidos documentos no testificasen estas infaustas verdades. El filántropo obispo de Chiapas, el apóstol de la América, Las Casas, ha dejado a la posteridad una breve relación de ellas, extractadas de las sumarias que siguieron en Sevilla a los conquistadores, con el testimonio de cuantas personas respetables había entonces en el Nuevo Mundo, y con los procesos mismos que los tiranos se hicieron entre sí, como consta por los más célebres historiadores de aquel tiempo. Todos los imparciales han hecho justicia al celo, verdad y virtudes de aquel amigo de la humanidad, que con tanto fervor y firmeza denunció ante su gobierno y sus contemporáneos los actos más horrorosos de un frenesí sanguinario.

Con cuánta emoción de gratitud leo el pasaje de la carta de Vd. en que me dice que espera “que los sucesos que siguieron entonces a las armas españolas acompañen ahora a las de sus contrarios, los muy oprimidos americanos meridionales”. Yo tomo esta esperanza por una predicción, si la justicia decide las contiendas de los hombres. El suceso coronará nuestros esfuerzos porque el destino de la América se ha fijado irrevocablemente; el lazo que la unía a la España está cortado; la opinión era toda su fuerza; por ella se estrechaban mutuamente las partes de aquella inmensa monarquía. Lo que antes las enlazaba, ya las divide; más grande es el odio que nos ha inspirado la Península, que el mar que nos separa de ella; menos difícil es unir los dos continentes que reconciliar los espíritus de ambos países. El hábito a la obediencia; un comercio de intereses, de luces, de religión; una recíproca benevolencia; una tierna solicitud por la causa y la gloria de nuestros padres; en fin, todo lo que formaba nuestra esperanza nos venía de España. De aquí nacía un principio de adhesión que parecía eterno, no obstante que la inconducta de nuestros dominadores relajaba esta simpatía, o, por mejor decir, este apego forzado por el imperio de la dominación. Al presente sucede lo contrario: la muerte, el deshonor, cuanto es nocivo, nos amenaza y tememos; todo lo sufrimos de esa desnaturalizada madrastra. El velo se ha rasgado: ya hemos visto la

luz y se nos quiere volver a las tinieblas; se han roto las cadenas; ya hemos sido libres y nuestros enemigos pretenden de nuevo esclavizarnos. Por lo tanto, la América combate con despecho, y rara vez la desesperación no ha arrastrado tras sí a la victoria.

Porque los sucesos hayan sido parciales y alternados, no debemos desconfiar de la fortuna. En unas partes triunfan los independientes en tanto que los tiranos, en lugares diferentes, obtienen sus ventajas; ¿y cuál es el resultado final? ¿No está el Nuevo Mundo entero conmovido y armado para su defensa? Echemos una ojeada y observaremos una lucha simultánea en la inmensa extensión de este hemisferio.

El belicoso estado de las provincias del Río de la Plata ha purgado su territorio y conducido sus armas vencedoras al Alto Perú, conmovido a Arequipa e inquietado a los realistas de Lima. Cerca de un millón de habitantes disfrutan allí de su libertad.

El reino de Chile, poblado de ochocientas mil almas, está lidiando contra sus enemigos que pretenden dominarlo; pero en vano, porque los que antes pusieron un término a sus conquistas, los indómitos y libres araucanos, son sus vecinos y compatriotas; y su ejemplo sublime es suficiente para probarles que el pueblo que ama su independencia por fin la logra.

El virreinato del Perú, cuya población asciende a millón y medio de habitantes, es sin duda el más sumiso y al que más sacrificios se le han arrancado para la causa del rey; y bien que sean varias las relaciones concernientes a aquella hermosa porción de América, es indubitable que ni está tranquila, ni es capaz de oponerse al torrente que amenaza a las más de sus provincias.

La Nueva Granada, que es, por decirlo así, el corazón de América, obedece a su gobierno general, exceptuando el reino de Quito, que con la mayor dificultad contienen sus enemigos por ser fuertemente adicto a la causa de su patria, y las provincias de Panamá y Santa Marta que sufren, no sin dolor, la tiranía de sus señores. Dos millones y medio de habitantes están esparcidos en aquel territorio, que actualmente defienden contra el ejército español bajo el general Morillo, que es verosímil sucumba delante de la inexpugnable plaza de Cartagena. Mas si la tomare será a

costa de grandes pérdidas, y desde luego carecerá de fuerzas bastantes para subyugar a los morigeros y bravos moradores del interior.

En cuanto a la heroica y desdichada Venezuela, sus acontecimientos han sido tan rápidos, y sus devastaciones tales, que casi la han reducido a una absoluta indigencia y a una soledad espantosa; no obstante que era uno de los más bellos países de cuantos hacían el orgullo de la América. Sus tiranos gobiernan un desierto; y solo oprimen a tristes restos que, escapados de la muerte, alimentan una precaria existencia: algunas mujeres, niños y ancianos son los que quedan. Los más de los hombres han perecido por no ser esclavos, y los que viven combaten con furor en los campos y en los pueblos internos hasta expirar o arrojar al mar a los que, insaciables de sangre y de crímenes, rivalizan con los primeros monstruos que hicieron desaparecer de la América a su raza primitiva. Cerca de un millón de habitantes se encontraban en Venezuela; y, sin exageración, se puede asegurar que una cuarta parte ha sido sacrificada por la tierra, la espada, el hambre, la peste, las peregrinaciones; excepto el terremoto, todos resultados de la guerra.

En Nueva España había en 1808, según nos refiere el barón de Humboldt, siete millones ochocientas mil almas con inclusión de Guatemala. Desde aquella época, la insurrección que ha agitado a casi todas sus provincias ha hecho disminuir sensiblemente aquel cómputo, que parecía exacto; pues más de un millón de hombres han perecido, como lo podrá Vd. ver en la exposición de Mr. Walton, que describe con fidelidad los sanguinarios crímenes cometidos en aquel opulento imperio. Allí la lucha se mantiene a fuerza de sacrificios humanos y de todas especies, pues nada ahorran los españoles con tal que logren someter a los que han tenido la desgracia de nacer en este suelo, que parece destinado a empaparse con la sangre de sus hijos. A pesar de todo, los mexicanos serán libres porque han abrazado el partido de la patria, con la resignación de vengar a sus antepasados o seguirlos al sepulcro. Ya ellos dicen con Raynal: llegó el tiempo, en fin, de pagar a los españoles suplicios con suplicios y de ahogar esa raza de exterminadores en su sangre o en el mar.

Las islas de Puerto Rico y Cuba, que entre ambas pueden formar una población de setecientas a ochocientas mil almas, son las que más tranquilamente poseen los españoles, porque están fuera del contacto de

los independientes. Mas ¿no son americanos estos insulares? ¿No son vejados? ¿No desean su bienestar?

Este cuadro representa una escala militar de dos mil leguas de longitud y novecientas de latitud en su mayor extensión, en que dieciséis millones de americanos defienden sus derechos o están oprimidos por la nación española; que aunque fue en algún tiempo el más vasto imperio del mundo, sus restos son ahora impotentes para dominar el nuevo hemisferio, y hasta para mantenerse en el antiguo. ¿Y la Europa civilizada, comerciante y amante de la libertad, permite que una vieja serpiente, por solo satisfacer su saña envenenada, devore la más bella parte de nuestro globo? ¡Qué! ¿Está la Europa sorda al clamor de su propio interés? ¿No tiene ya ojos para ver la justicia? ¿Tanto se ha endurecido, para ser de este modo insensible? Estas cuestiones, cuanto más las medito, más me confunden; llego a pensar que se aspira a que desaparezca la América; pero es imposible porque toda la Europa no es española. ¡Qué demencia la de nuestra enemiga, pretender reconquistar la América, sin marina, sin tesoro y casi sin soldados!, pues los que tiene apenas son bastantes para retener a su propio pueblo en una violenta obediencia y defenderse de sus vecinos. Por otra parte, ¿podrá esta nación hacer el comercio exclusivo de la mitad del mundo, sin manufacturas, sin producciones territoriales, sin artes, sin ciencias, sin política? Lograda que fuese esta loca empresa; y, suponiendo más aún, lograda la pacificación, los hijos de los actuales americanos, unidos con los de los europeos reconquistadores, ¿no volverían a formar dentro de veinte años los mismos patrióticos designios que ahora se están combatiendo?

La Europa haría un bien a la España en disuadirla de su obstinada temeridad, porque a lo menos se ahorraría los gastos que expende y la sangre que derrama; a fin de que, fijando su atención en sus propios recursos, fundase su prosperidad y poder sobre bases más sólidas que de las de inciertas conquistas, un comercio precario y exacciones violentas en pueblos remotos, enemigos y poderosos. La Europa misma, por miras de sana política, debería haber preparado y ejecutado el proyecto de la independencia americana; no solo porque el equilibrio del mundo así lo exige; sino porque este es el medio legítimo y seguro de adquirirse establecimientos ultramarinos de comercio. La Europa que no se halla

agitada por las violentas pasiones de la venganza, ambición y codicia, como la España, parece que estaba autorizada, por todas las leyes de la equidad, a ilustrarla sobre sus bien entendidos intereses.

Cuantos escritores habían tratado la materia se acordaban de esta parte. En consecuencia, nosotros esperábamos, con razón, que todas las naciones cultas se apresurarían a auxiliarnos, para que adquiriésemos un bien cuyas ventajas son recíprocas a entrambos hemisferios. Sin embargo, ¡cuán frustradas han quedado nuestras esperanzas; no solo los europeos, pero hasta nuestros hermanos del Norte se han mantenido inmóviles espectadores de esta contienda; que por su esencia es la más justa, y por sus resultados la más bella e importante de cuantas se han suscitado en los siglos antiguos y modernos! porque ¿hasta dónde se puede calcular la trascendencia de la libertad del hemisferio de Colón?

“La felonía con que Bonaparte”, dice Vd. “prendió a Carlos IV y a Fernando VII, reyes de esta nación, que tres siglos ha aprisionó con traición a dos monarcas de la América meridional, es un acto muy manifiesto de la retribución divina, y al mismo tiempo una prueba de que Dios sostiene la justa causa de los americanos y les concederá su independencia”.

Parece que Vd. quiere aludir al monarca de México, Moctezuma, preso por Cortés y muerto, según Herrera, por él mismo, aunque Solís dice que por el pueblo; y a Atahualpa, inca del Perú, destruido por Francisco Pizarro y Diego de Almagro. Existe tal diferencia entre los reyes españoles y los reyes americanos, en su suerte, que no admite comparación: los primeros son tratados con dignidad, conservados, y al fin recobran su libertad y trono; mientras que los últimos sufren tormentos inauditos y los vilipendios más vergonzosos. Si a Guatimozín, sucesor de Moctezuma, se le trata como emperador y le ponen la corona, fue por irrisión y no por respeto; para que experimentase este escarnio antes que las torturas. Iguales a la suerte de este monarca fueron las del rey de Michoacán, Catzontzin; el Zipa de Bogotá y cuantos Toquis, Incas, Zipas, Ulmenes, Caciques y demás dignidades indianas sucumbieron al poder español. El suceso de Fernando VII es más semejante al que tuvo lugar en Chile en 1535 con el Ulmen de Copiapó, entonces reinante en aquella comarca. El español Almagro protestó, como Bonaparte, tomar partido por la cau-

sa del legítimo soberano; y en consecuencia, llama al usurpador, como Fernando lo era en España; aparenta restituir al legítimo a sus estados, y termina por encadenar y echar a las llamas al infeliz Ulmen, sin querer ni aun oír su defensa. Este es el ejemplo de Fernando VII con su usurpador. Los reyes europeos solo padecen destierro; el Ulmen de Chile termina su vida de un modo atroz.

“Después de algunos meses”, añade Vd., “he hecho muchas reflexiones sobre la situación de los americanos y sus esperanzas futuras; tomo grande interés en sus sucesos, pero me faltan muchos informes relativos a su estado actual y a lo que ellos aspiran. Deseo infinitamente saber la política de cada provincia, como también su población; si desean repúblicas o monarquías, si formarán una gran república o una gran monarquía. Toda noticia de esta especie que Vd. pueda darme, o indicarme las fuentes a que debo ocurrir, la estimaré como un favor muy particular”.

Siempre las almas generosas se interesan en la suerte de un pueblo que se esmera por recobrar los derechos con que el Creador y la naturaleza lo han dotado; y es necesario estar bien fascinado por el error o por las pasiones para no abrigar esta noble sensación; Vd. ha pensado en mi país y se interesa por él; este acto de benevolencia inspira el más vivo reconocimiento.

He dicho la población que se calcula por datos más o menos exactos, que mil circunstancias hacen fallidos, sin que sea fácil remediar esta inexactitud, porque los más de los moradores tienen habitaciones campestres y muchas veces errantes, siendo labradores, pastores, nómades, perdidos en medio de espesos e inmensos bosques, llanuras solitarias, y aislados entre lagos y ríos caudalosos. ¿Quién será capaz de formar una estadística completa de semejantes comarcas? Además, los tributos que pagan los indígenas; las penalidades de los esclavos; las primicias, diezmos y derechos que pesan sobre los labradores, y otros accidentes, alejan de sus hogares a los pobres americanos. Esto es sin hacer mención de la guerra de exterminio que ya ha segado cerca de un octavo de la población y ha ahuyentado una gran parte; pues entonces las dificultades son insuperables y el empadronamiento vendría a reducirse a la mitad del verdadero censo.

Todavía es más difícil presentir la suerte futura del Nuevo Mundo, establecer principios sobre su política y casi profetizar la naturaleza del gobierno que llegará a adoptar. Toda idea relativa al porvenir de este país me parece aventurada. ¿Se pudo prever cuando el género humano se hallaba en su infancia, rodeado de tanta incertidumbre, ignorancia y error, cuál sería el régimen que abrazaría para su conservación? ¿Quién se habría atrevido a decir: tal nación será república o monarquía, esta será pequeña, aquella grande? En mi concepto, esta es la imagen de nuestra situación. Nosotros somos un pequeño género humano; poseemos un mundo aparte, cercado por dilatados mares, nuevo en casi todas las artes y ciencias, aunque en cierto modo ya viejo en los usos de la sociedad civil.

Yo considero el estado actual de la América como cuando, desplomado el Imperio romano, cada desmembración formó un sistema político, conforme a sus intereses y situación o siguiendo la ambición particular de algunos jefes, familias o corporaciones. Con esta notable diferencia: que aquellos miembros dispersos volvían a restablecer sus antiguas naciones con las alteraciones que exigían las cosas o los sucesos. Mas nosotros, que apenas conservamos vestigios de lo que en otro tiempo fue, y que por otra parte no somos indios ni europeos, sino una especie media entre los legítimos propietarios del país y los usurpadores españoles; en suma, siendo nosotros americanos por nacimiento y nuestros derechos los de Europa, tenemos que disputar estos a los del país y mantenernos en él contra la opinión de los invasores; así nos hallamos en el caso más extraordinario y complicado. No obstante que es una especie de adivinación indicar cuál será el resultado de la línea de política que la América siga, me atrevo a aventurar algunas conjeturas que, desde luego, caracterizo de arbitrarias, dictadas por un deseo racional y no por un raciocinio probable.

La posición de los moradores del hemisferio americano ha sido, por siglos, puramente pasiva; su existencia política era nula. Nosotros estábamos en un grado todavía más abajo de la servidumbre, y por lo mismo con más dificultad para elevarnos al goce de la libertad. Permítame Vd. estas consideraciones para aclarar la cuestión. Los Estados son esclavos por la naturaleza de su constitución o por el abuso de ella. Luego un pueblo es esclavo cuando el gobierno, por su esencia o por sus vicios,

huella y usurpa los derechos del ciudadano o súbdito. Aplicando estos principios, hallaremos que la América no solamente estaba privada de su libertad sino también de la tiranía activa o dominante. Me explicaré. En las administraciones absolutas no se reconocen límites en el ejercicio de las facultades gubernativas: la voluntad del gran sultán, kan, dey y demás soberanos despóticos es la ley suprema y esta es casi arbitrariamente ejecutada por los bajaes, kans y sátrapas subalternos de la Turquía y Persia, que tienen organizada una opresión de que participan los súbditos en razón de la autoridad que se les confía. A ellos está encargada la administración civil, militar, política, de rentas y la religión. Pero al fin son persas los jefes de Hispahan, son turcos los visires del gran señor, son tártaros los sultanes de la Tartaria. La China no envió a buscar mandarines, militares y letrados al país de Gengis Kan, que la conquistó, a pesar de que los actuales chinos son descendientes directos de los subyugados por los ascendientes de los presentes tártaros.

¡Cuán diferente era entre nosotros! Se nos vejaba con una conducta que además de privarnos de los derechos que nos correspondían, nos dejaba en una especie de infancia permanente con respecto a las transacciones públicas. Si hubiésemos siquiera manejado nuestros asuntos domésticos en nuestra administración interior, conoceríamos el curso de los negocios públicos y su mecanismo. Gozaríamos también de la consideración personal que impone a los ojos del pueblo cierto respeto maquinal que es tan necesario conservar en las revoluciones. He aquí por qué he dicho que estábamos privados hasta de la tiranía activa, pues que no nos era permitido ejercer sus funciones.

Los americanos en el sistema español, que está en vigor, y quizá con mayor fuerza que nunca, no ocupan otro lugar en la sociedad que el de siervos propios para el trabajo, y cuando más, el de simples consumidores; y aun esta parte coartada con restricciones chocantes; tales son las prohibiciones del cultivo de frutos de Europa, el estanco de las producciones que el rey monopoliza, el impedimento de las fábricas que la misma Península no posee; los privilegios exclusivos del comercio, hasta de los objetos de primera necesidad; las trabas entre provincias y provincias americanas, para que no se traten, entiendan ni negocien; en fin, ¿quiere Vd. saber cuál era nuestro destino? Los campos para cultivar el añil, la

grana, el café, la caña, el cacao y el algodón; las llanuras solitarias para criar ganados; los desiertos para cazar las bestias feroces; las entrañas de la tierra para excavar el oro que no puede saciar a esa nación avarienta.

Tan negativo era nuestro estado, que no lo encuentro semejante en ninguna otra asociación civilizada, por más que recorro la serie de las edades y de la política de todas las naciones. Pretender que un país tan felizmente constituido, extenso, rico y populoso sea meramente pasivo, ¿no es un ultraje y una violación de los derechos de la humanidad?

Estábamos, como acabo de exponer, abstraídos y, digámoslo así, ausentes del universo en cuanto es relativo a la ciencia del gobierno y administración del Estado. Jamás éramos virreyes ni gobernadores, sino por causas muy extraordinarias; arzobispos y obispos, pocas veces; diplomáticos, nunca; militares, solo en calidad de subalternos; nobles sin privilegios reales; no éramos, en fin, ni magistrados, ni financistas y casi ni aun comerciantes: todo en contravención directa de nuestras instituciones.

El emperador Carlos V formó un pacto con los descubridores, conquistadores y pobladores de América, que, como dice Guerra, es nuestro contrato social. Los reyes de España convinieron solemnemente con ellos que lo ejecutasen por su cuenta y riesgo, prohibiéndoles hacerlo a costa de la Real Hacienda; y por esta razón se les concedía que fuesen señores de la tierra, que organizarasen la administración y ejerciesen la judicatura en apelación, con otras muchas exenciones y privilegios que sería prolijo detallar. El rey se comprometió a no enajenar jamás las provincias americanas, como que a él no tocaba otra jurisdicción que la del alto dominio, siendo una especie de propiedad feudal la que allí tenían los conquistadores para sí y sus descendientes. Al mismo tiempo existen leyes expresas que favorecen casi exclusivamente a los naturales del país originarios de España en cuanto a los empleos civiles, eclesiásticos y de rentas. Por manera que, con una violación manifiesta de las leyes y de los pactos subsistentes, se han visto despojar aquellos naturales de la autoridad constitucional que les daba su código.

De cuanto he referido será fácil colegir que la América no estaba preparada para desprenderse de la metrópoli, como súbitamente sucedió, por el efecto de las ilegítimas cesiones de Bayona y por la inicua guerra que la Regencia nos declaró, sin derecho alguno para ello, no solo por la

falta de justicia, sino también de legitimidad. Sobre la naturaleza de los gobiernos españoles, sus decretos conminatorios y hostiles, y el curso entero de su desesperada conducta, hay escritos del mayor mérito en el periódico *El Español*, cuyo autor es el señor Blanco; y estando allí esta parte de nuestra historia muy bien tratada, me limito a indicarlo.

Los americanos han subido de repente, sin los conocimientos previos, y, lo que es más sensible, sin la práctica de los negocios públicos, a representar en la escena del mundo las eminentes dignidades de legisladores, magistrados, administradores del erario, diplomáticos, generales y cuantas autoridades supremas y subalternas forman la jerarquía de un Estado organizado con regularidad.

Cuando las águilas francesas solo respetaron los muros de la ciudad de Cádiz, y con su vuelo arrollaron los frágiles gobiernos de la Península, entonces quedamos en la orfandad. Ya antes habíamos sido entregados a la merced de un usurpador extranjero. Después, lisonjeados con la justicia que se nos debía, con esperanzas halagüeñas, siempre burladas por último, inciertos sobre nuestro destino futuro, y amenazados por la anarquía, a causa de la falta de un gobierno legítimo, justo y liberal, nos precipitamos en el caos de la revolución. En el primer momento solo se cuidó de proveer a la seguridad interior, contra los enemigos que encerraba nuestro seno. Luego se extendió a la seguridad exterior: se establecieron autoridades que sustituimos a las que acabábamos de deponer, encargadas de dirigir el curso de nuestra revolución, y de aprovechar la coyuntura feliz en que nos fuese posible fundar un gobierno constitucional, digno del presente siglo y adecuado a nuestra situación.

Todos los nuevos gobiernos marcaron sus primeros pasos con el establecimiento de juntas populares. Estas formaron enseguida reglamentos para la convocación de congresos que produjeron alteraciones importantes. Venezuela erigió un gobierno democrático y federal, declarando previamente los derechos del hombre, manteniendo el equilibrio de los poderes y estatuyendo leyes generales a favor de la libertad civil, de imprenta y otras; finalmente se constituyó un gobierno independiente. La Nueva Granada siguió con uniformidad los establecimientos políticos y cuantas reformas hizo Venezuela, poniendo por base fundamental de su Constitución el sistema federal más exagerado que jamás existió.

Recientemente se ha mejorado con respecto al Poder Ejecutivo general, que ha obtenido cuantas atribuciones le corresponden. Según entiendo, Buenos Aires y Chile han seguido esta misma línea de operaciones; pero como nos hallamos a tanta distancia, los documentos son tan raros y las noticias tan inexactas, no me animaré ni aun a bosquejar el cuadro de sus transacciones.

Los sucesos de México han sido demasiado varios, complicados, rápidos y desgraciados para que se puedan seguir en el curso de su revolución. Carecemos, además, de documentos bastante instructivos, que nos hagan capaces de juzgarlos. Los independientes de México, por lo que sabemos, dieron principio a su insurrección en septiembre de 1810; y un año después ya tenían centralizado su gobierno en Zitácuaro, instalando allí una Junta Nacional, bajo los auspicios de Fernando VII, en cuyo nombre se ejercían las funciones gubernativas. Por los acontecimientos de la guerra, esta junta se trasladó a diferentes lugares, y es verosímil que se haya conservado hasta estos últimos momentos, con las modificaciones que los sucesos hayan exigido. Se dice que ha creado un generalísimo o dictador, que lo es el ilustre general Morelos; otros hablan del célebre general Rayón; lo cierto es que uno de estos dos grandes hombres, o ambos separadamente, ejercen la autoridad suprema en aquel país; y recientemente ha aparecido una Constitución para el régimen del Estado. En marzo de 1812, el gobierno residente en Zultepec presentó un plan de paz y guerra al virrey de México, concebido con la más profunda sabiduría. En él se reclamó el derecho de gentes, estableciendo principios de una exactitud incontestable. Propuso la Junta que la guerra se hiciese como entre hermanos y conciudadanos, pues que no debía ser más cruel que entre naciones extranjeras; que los derechos de gentes y de guerra, inviolables para los mismos infieles y bárbaros, debían serlo más para cristianos, sujetos a un soberano y a unas mismas leyes; que los prisioneros no fuesen tratados como reos de lesa majestad ni se degollasen los prisioneros que rendían las armas, sino que se mantuviesen en rehenes para canjearlos; que no se entrase a sangre y fuego en las poblaciones pacíficas, no las diezmasen ni quitasen para sacrificarlas; y concluye que, en caso de no admitirse este plan, se observarían rigurosamente las represalias. Esta negociación se trató con el más alto desprecio: no se dio

respuesta a la Junta Nacional; las comunicaciones originales se quemaron públicamente en la plaza de México, por mano del verdugo, y la guerra de exterminio continuó por parte de los españoles con su furor acostumbrado, mientras que los mexicanos y las otras naciones americanas no la hacían ni aun a muerte con los prisioneros de guerra aunque fuesen españoles. Aquí se observa que, por causas de conveniencia, se conservó la apariencia de sumisión al rey y aun a la Constitución de la monarquía. Parece que la Junta Nacional es absoluta en el ejercicio de las funciones legislativas, ejecutivas y judiciales, y el número de sus miembros muy limitado.

Los acontecimientos de la Tierra Firme nos han probado que las instituciones perfectamente representativas no son adecuadas a nuestro carácter, costumbres y luces actuales. En Caracas el espíritu de partido tomó su origen en las sociedades, asambleas y elecciones populares; y estos partidos nos tornaron a la esclavitud. Y así como Venezuela ha sido la república americana que más se ha adelantado en sus instituciones políticas, también ha sido el más claro ejemplo de la ineficacia de la forma demócrata y federal para nuestros nacientes estados. En Nueva Granada, las excesivas facultades de los gobiernos provinciales, y la falta de centralización en el general, han conducido aquel precioso país al estado a que se ve reducido en el día. Por esta razón, sus débiles enemigos se han conservado, contra todas las probabilidades. En tanto que nuestros compatriotas no adquieran los talentos y virtudes políticas que distinguen a nuestros hermanos del Norte, los sistemas enteramente populares, lejos de sernos favorables, temo mucho que vengan a ser nuestra ruina. Desgraciadamente estas cualidades parecen estar muy distantes de nosotros en el grado que se requiere; y por el contrario, estamos dominados de los vicios que se contraen bajo la dirección de una nación como la española, que solo ha sobresalido en fiereza, ambición, venganza y codicia.

“Es más difícil”, dice Montesquieu, “sacar un pueblo de la servidumbre que subyugar a uno libre”. Esta verdad está comprobada por los anales de todos los tiempos, que nos muestran las más de las naciones libres sometidas al yugo, y muy pocas de las esclavas recobran su libertad. A pesar de este convencimiento, los meridionales de este continente han manifestado el conato de conseguir instituciones liberales, y aun perfectas, sin

duda, por efecto del instinto que tienen todos los hombres de aspirar a su mayor felicidad posible: la que se alcanza infaliblemente cuando ellas están fundadas sobre las bases de la justicia, de la libertad y de la igualdad. Pero ¿seremos nosotros capaces de mantener en su verdadero equilibrio la difícil carga de una república? ¿Se puede concebir que un pueblo recientemente desencadenado se lance a la esfera de la libertad sin que, como a Ícaro, se le deshagan las alas y recaiga en el abismo? Tal prodigio es inconcebible, nunca visto. Por consiguiente no hay un raciocinio verosímil que nos halague con esta esperanza.

Yo deseo más que otro alguno ver formar en América la más grande nación del mundo, menos por su extensión y riqueza que por su libertad y gloria. Aunque aspiro a la perfección del gobierno de mi patria, no puedo persuadirme de que el Nuevo Mundo sea por el momento regido por una gran república; como es imposible, no me atrevo a desearlo, y menos deseo aún una monarquía universal de América, porque este proyecto, sin ser útil, es también imposible. Los abusos que actualmente existen no se reformarían y nuestra regeneración sería infructuosa. Los Estados americanos han menester de los cuidados de gobiernos paternos, que curen las llagas y las heridas del despotismo y la guerra. La metrópoli, por ejemplo, sería México, que es la única que puede serlo por su poder intrínseco, sin el cual no hay metrópoli. Supongamos que fuese el istmo de Panamá, punto céntrico para todos los extremos de este vasto continente: ¿no continuarían estos en la languidez y aun en el desorden actual? Para que un solo gobierno dé vida, anime, ponga en acción todos los resortes de la prosperidad pública, corrija, ilustre y perfeccione al Nuevo Mundo, sería necesario que tuviese las facultades de un dios, y cuando menos las luces y virtudes de todos los hombres.

El espíritu de partido que, al presente, agita a nuestros Estados se encendería entonces con mayor encono, hallándose ausente la fuente del poder, que únicamente puede reprimirla. Además, los magnates de las capitales no sufrirían la preponderancia de los metropolitanos, a quienes considerarían como a otros tantos tiranos; sus celos llegarían hasta el punto de comparar a estos con los odiosos españoles. En fin, una monarquía semejante sería un coloso disforme, que su propio peso desplomaría a la menor convulsión.

Mr. de Pradt ha dividido sabiamente a la América en quince o diecisiete Estados independientes entre sí, gobernados por otros tantos monarcas. Estoy de acuerdo en cuanto a lo primero, pues la América comporta la creación de diecisiete naciones; en cuanto a lo segundo, aunque es más fácil conseguirlo, es menos útil; y así, no soy de la opinión de las monarquías americanas. He aquí mis razones. El interés bien entendido de una república se circunscribe en la esfera de su conservación, prosperidad y gloria. No ejerciendo la libertad el imperio, porque es precisamente su opuesto, ningún estímulo excita a los republicanos a extender los términos de su nación, en detrimento de sus propios medios, con el único objeto de hacer participar a sus vecinos de una Constitución liberal. Ningún derecho adquieren, ninguna ventaja sacan vencidos; a menos que los reduzcan a colonias, conquistas o aliados, siguiendo el ejemplo de Roma. Máximas y ejemplos tales están en oposición directa con los principios de justicia de los sistemas republicanos; y aun diré más, en oposición manifiesta con los intereses de sus ciudadanos; porque un Estado demasiado extenso, en sí mismo o por sus dependencias, al cabo viene en decadencia y convierte su forma libre en otra tiránica; relaja los principios que deben conservarla y ocurre por último al despotismo. El distintivo de las pequeñas repúblicas es la permanencia; el de las grandes es vario, pero siempre se inclina al imperio. Casi todas las primeras han tenido una larga duración; de las segundas, solo Roma se mantuvo algunos siglos, pero fue porque era república la capital y no lo era el resto de sus dominios, que se gobernaban por leyes e instituciones diferentes.

Muy contraria es la política de un rey cuya inclinación constante se dirige al aumento de sus posesiones, riquezas y facultades; con razón, porque su autoridad crece con estas adquisiciones, tanto con respecto a sus vecinos como a sus propios vasallos, que temen en él un poder tan formidable cuanto es su imperio, que se conserva por medio de la guerra y de las conquistas. Por estas razones pienso que los americanos, ansiosos de paz, ciencias, artes, comercio y agricultura, preferirían las repúblicas a los reinos; y me parece que estos deseos se conforman con las miras de la Europa.

No convengo en el sistema federal entre los populares y representativos, por ser demasiado perfecto y exigir virtudes y talentos políticos muy

superiores a los nuestros; por igual razón rehúso la monarquía mixta de aristocracia y democracia, que tanta fortuna y esplendor ha procurado a la Inglaterra. No siéndonos posible lograr entre las repúblicas y monarquías lo más perfecto y acabado, evitemos caer en anarquías demagógicas o en tiranías monócratas; busquemos un medio entre extremos opuestos, que nos conducirían a los mismos escollos, a la infelicidad y al deshonor. Voy a arriesgar el resultado de mis cavilaciones sobre la suerte futura de la América, no la mejor, sino la que sea más asequible.

Por la naturaleza de las localidades, riquezas, poblaciones y carácter de los mexicanos, imagino que intentarán al principio establecer una república representativa, en la cual tenga grandes atribuciones el Poder Ejecutivo concentrándolo en un individuo que, si desempeña sus funciones con acierto y justicia, casi naturalmente vendrá a conservar una autoridad vitalicia. Si su incapacidad o violenta administración excita una conmoción popular que triunfe, este mismo Poder Ejecutivo quizás se difundirá en una Asamblea. Si el partido preponderante es militar o aristocrático, exigirá probablemente una monarquía que al principio será limitada y constitucional, y después inevitablemente declinará en absoluta; pues debemos convenir en que nada hay más difícil en el orden político que la conservación de una monarquía mixta; y también es preciso convenir en que solo un pueblo tan patriota como el inglés es capaz de contener la autoridad de un rey, y de sostener el espíritu de libertad bajo un cetro y una corona.

Los Estados del istmo de Panamá hasta Guatemala formarán quizá una asociación. Esta magnífica posición entre los dos grandes mares podrá ser con el tiempo el emporio del universo. Sus canales acortarán las distancias del mundo; estrecharán los lazos comerciales de Europa, América y Asia; traerán a tan feliz región los tributos de las cuatro partes del globo. ¡Acaso solo allí podrá fijarse algún día la capital de la Tierra!, como pretendió Constantino que fuese Bizancio la del antiguo hemisferio.

La Nueva Granada se unirá con Venezuela, si llegan a convenirse en formar una república central, cuya capital sea Maracaibo, o una nueva ciudad que, con el nombre de Las Casas (en honor de este héroe de la filantropía), se funde entre los confines de ambos países, en el soberbio puerto de Bahía Honda. Esta posición, aunque desconocida, es más

ventajosa por todos respectos. Su acceso es fácil y su situación tan fuerte que puede hacerse inexpugnable. Posee un clima puro y saludable, un territorio tan propio para la agricultura como para la cría de ganados, y una grande abundancia de maderas de construcción. Los salvajes que la habitan serían civilizados y nuestras posesiones se aumentarían con la adquisición de la Guajira. Esta nación se llamaría Colombia, como un tributo de justicia y gratitud al creador de nuestro hemisferio. Su gobierno podrá imitar al inglés; con la diferencia de que en lugar de un rey habrá un Poder Ejecutivo electivo, cuando más vitalicio y jamás hereditario, si se quiere república; una Cámara o Senado legislativo hereditario que, en las tempestades políticas, se interponga entre las olas populares y los rayos del Gobierno; y un Cuerpo legislativo de libre elección, sin otras restricciones que las de la Cámara Baja de Inglaterra. Esta Constitución participaría de todas formas, y yo deseo que no participe de todos los vicios. Como esta es mi patria, tengo un derecho incontestable para desearle lo que en mi opinión es mejor. Es muy posible que la Nueva Granada no convenga en el reconocimiento de un Gobierno central, porque es en extremo adicta a la federación; y entonces formará, por sí sola, un Estado que, si subsiste, podrá ser muy dichoso por sus grandes recursos de todos géneros.

Poco sabemos de las opiniones que prevalecen en Buenos Aires, Chile y el Perú. Juzgando por lo que se trasluce por las apariencias, en Buenos Aires habrá un gobierno central, en que los militares se lleven la primacía por consecuencia de sus divisiones intestinas y guerras externas. Esta Constitución degenera necesariamente en una oligarquía o una monocracia, con más o menos restricciones, y cuya denominación nadie puede adivinar. Sería doloroso que tal cosa sucediese, porque aquellos habitantes son acreedores a la más espléndida gloria.

El reino de Chile está llamado por la naturaleza de su situación, por las costumbres inocentes y virtuosas de sus moradores, por el ejemplo de sus vecinos, los fieros republicanos del Arauco, a gozar de las bendiciones que derraman las justas y dulces leyes de una República. Si alguna permanece largo tiempo en América, me inclino a pensar que será la chilena. Jamás se ha extinguido allí el espíritu de libertad; los vicios de la Europa y del Asia llegarán tarde, o nunca, a corromper las costumbres de aquel

extremo del universo. Su territorio es limitado; estará siempre fuera del contacto inficionado del resto de los hombres; no alterará sus leyes, usos y prácticas; preservará su uniformidad en opiniones políticas y religiosas; en una palabra, Chile puede ser libre.

El Perú, por el contrario, encierra dos elementos enemigos de todo régimen justo y liberal: oro y esclavos. El primero lo corrompe todo; el segundo está corrompido por sí mismo. El alma de un siervo rara vez alcanza a apreciar la sana libertad: se enfurece en los tumultos o se humilla en las cadenas. Aunque estas reglas serían aplicables a toda la América, creo que con más justicia las merece Lima, por los conceptos que he expuesto y por la cooperación que ha prestado a sus señores contra sus propios hermanos, los ilustres hijos de Quito, Chile y Buenos Aires. Es constante que el que aspira a obtener la libertad, a lo menos lo intenta. Supongo que en Lima no tolerarán los ricos la democracia, ni los esclavos y pardos libertos la aristocracia. Los primeros preferirán la tiranía de uno solo, por no padecer las persecuciones tumultuarias y por establecer un orden siquiera pacífico. Mucho hará si consigue recobrar su independencia.

De todo lo expuesto, podemos deducir estas consecuencias: las provincias americanas se hallan lidiando por emanciparse; al fin obtendrán el suceso; algunas se constituirán de un modo regular en repúblicas federadas y centrales; se fundarán monarquías casi inevitablemente en las grandes secciones, y algunas serán tan infelices que devorarán sus elementos, ya en la actual, ya en las futuras revoluciones; que una gran monarquía no será fácil consolidar, una gran República imposible.

Es una idea grandiosa pretender formar de todo el Nuevo Mundo una sola nación con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo. Ya que tiene un origen, una lengua, unas costumbres y una religión, debería, por consiguiente, tener un solo gobierno que confederase los diferentes Estados que hayan de formarse; mas no es posible, porque climas remotos, situaciones diversas, intereses opuestos, caracteres semejantes dividen a la América. ¡Qué bello sería que el istmo de Panamá fuese para nosotros lo que el de Corinto para los griegos! Ojalá que algún día tengamos la fortuna de instalar allí un augusto Congreso de los representantes de las repúblicas, reinos e imperios a tratar y discutir sobre los altos intereses de la paz y de la guerra, con las naciones de las otras

tres partes del mundo. Esta especie de corporación podrá tener lugar en alguna época dichosa de nuestra regeneración; otra esperanza es infundada, semejante a la del abate St. Pierre, que concibió el laudable delirio de reunir un Congreso europeo para decidir de la suerte y de los intereses de aquellas naciones.

“Mutaciones importantes y felices”, continúa Vd., “pueden ser frecuentemente producidas por efectos individuales. Los americanos meridionales tienen una tradición que dice que cuando Quetzalcóatl, el Hermes o Buda de la América del Sur, resignó su administración y los abandonó, les prometió que volvería después que los siglos destinados hubiesen pasado, y que él restablecería su gobierno y renovarían su felicidad. Esta tradición ¿no opera y excita una convicción de que muy pronto debe volver? ¿Concibe Vd. cuál sería el efecto que produciría si un individuo, apareciendo entre ellos, demostrase los caracteres de Quetzalcóatl, el Buda del Bosque, o Mercurio, del cual han hablado tanto las otras naciones? ¿No cree Vd. que esto inclinaría todas las partes? ¿No es la unión todo lo que se necesita para ponerlos en estado de expulsar a los españoles, sus tropas y a los partidarios de la corrompida España para hacerlos capaces de establecer un imperio poderoso, con un gobierno libre y leyes benévolas?”

Pienso como Vd. que causas individuales pueden producir resultados generales, sobre todo en las revoluciones. Pero no es el héroe, gran profeta, o dios del Anahuac, Quetzalcóatl, el que es capaz de operar los prodigios benéficos que Vd. propone. Este personaje es apenas conocido del pueblo mexicano y no ventajosamente, porque tal es la suerte de los vencidos aunque sean dioses. Solo los historiadores y literatos se han ocupado cuidadosamente en investigar su origen, verdadera o falsa misión, sus profecías y el término de su carrera. Se disputa si fue un apóstol de Cristo, o bien pagano. Unos suponen que su nombre quiere decir Santo Tomás; otros que culebra emplumajada; y otros dicen que es el famoso profeta de Yucatán, Chilan-Cambal. En una palabra, los más de los autores mexicanos polémicos e historiadores profanos, han tratado con más o menos extensión la cuestión sobre el verdadero carácter de Quetzalcóatl. El hecho es, según dice Acosta, que él estableció una religión cuyos ritos, dogmas y misterios tienen una admirable afinidad con la de Jesús, y que

quizás es la más semejante a ella. No obstante esto, muchos escritores católicos han procurado alejar la idea de que este profeta fuese verdadero, sin querer reconocer en él a un Santo Tomás, como lo afirman otros célebres autores. La opinión general es que Quetzalcóatl es un legislador divino entre los pueblos paganos del Anahuac, del cual era lugarteniente el gran Moctezuma, derivando de él su autoridad. De aquí se infiere que nuestros mexicanos no seguirían al gentil Quetzalcóatl aunque apareciese bajo las formas más idénticas y favorables, pues que profesan una religión la más intolerante y exclusiva de las otras.

Felizmente los directores de la independencia de México se han aprovechado del fanatismo con el mayor acierto, proclamando a la famosa Virgen de Guadalupe por reina de los patriotas, invocándola en todos los casos arduos y llevándola en sus banderas. Con esto el entusiasmo político ha formado una mezcla con la religión, que ha producido un fervor vehementemente por la sagrada causa de la libertad. La veneración de esta imagen en México es superior a la más exaltada que pudiera inspirar el más diestro y dichoso profeta.

POR OTRA PARTE, EL TIEMPO DE LAS APARICIONES HA PASADO; Y AUNQUE FUESEN LOS AMERICANOS MÁS SUPERSTICIOSOS DE LO QUE SON, NO PRESTARÍAN FE A LAS SUPERCHERÍAS DE UN IMPOSTOR, QUE SERÍA TENIDO POR UN CISMÁTICO O POR EL ANTICRISTO ANUNCIADO EN NUESTRA RELIGIÓN.²

Seguramente la unión es la que nos falta para completar la obra de nuestra regeneración. Sin embargo, nuestra división no es extraña, porque tal es el distintivo de las guerras civiles, formadas generalmente entre dos partidos: conservadores y reformadores. Los primeros son, por lo común, más numerosos, porque el imperio de la costumbre produce el efecto de la obediencia a las potestades establecidas; los últimos son siempre menos numerosos, aunque más vehementes e ilustrados. De este modo la masa física se equilibra con la fuerza moral, y la contienda se prolonga, siendo sus resultados muy inciertos. Por fortuna, entre nosotros la masa ha seguido a la inteligencia.

2 En el manuscrito hallado en Ecuador en el año 2014, se pudo detectar este párrafo que no se conocía en las versiones conocidas en español antes de esa fecha.

Yo diré a Vd. lo que puede ponernos en aptitud de expulsar a los españoles y de fundar un gobierno libre. Es la unión, ciertamente; mas esta unión no nos vendrá por prodigios divinos, sino por efectos sensibles y esfuerzos bien dirigidos. La América está encontrada entre sí, porque se halla abandonada de todas las naciones, aislada en medio del universo, sin relaciones diplomáticas ni auxilios militares, y combatida por la España, que posee más elementos para la guerra que cuantos nosotros furtivamente podemos adquirir.

Cuando los sucesos no están asegurados; cuando el Estado es débil y cuando las empresas son remotas, todos los hombres vacilan, las opiniones se dividen, las pasiones las agitan y los enemigos las animan para triunfar por este fácil medio. Luego que seamos fuertes, bajo los auspicios de una nación liberal que nos preste su protección, se nos verá de acuerdo cultivar las virtudes y los talentos que conducen a la gloria; entonces seguiremos la marcha majestuosa hacia las grandes prosperidades a que está destinada la América meridional; entonces las ciencias y las artes, que nacieron en el Oriente, y han ilustrado a la Europa, volarán a Colombia libre que las convidará con un asilo.

Tales son, señor, las observaciones y pensamientos que tengo el honor de someter a Vd. para que las rectifique o deseche según su mérito³; SUPPLICÁNDOLE SE PERSUADA DE QUE ME HE ATREVIDO A EXPONERLOS, MÁS POR NO SER DESCORTÉS, QUE PORQUE ME CREA CAPAZ DE ILUSTRAR A Vd. EN LA MATERIA.

Soy de Vd. & . & . & .

Kingston, septiembre 6 de 1815

3 También existe una ligera discrepancia al final del documento. De acuerdo con el investigador Amílcar Varela, aquí culmina el manuscrito original de la *Carta de Jamaica* hallado en Ecuador. Las palabras que siguen destacadas, fueron tomadas para esta edición de la primera versión del documento publicado en español, en la obra de Cristóbal Mendoza y Francisco Javier Yanes: *Colección de documentos relativos a la vida pública del Libertador de Colombia y del Perú, Simón Bolívar, para servir a la Historia de la Independencia de Suramérica*. Caracas, Imprenta Damiroy & Dupuy, 1833, volumen XXI apéndice, pp. 207-229.

Publicado por el CENTRO DE ESTUDIOS SIMÓN BOLÍVAR
en septiembre de 2020
Caracas, Venezuela
Edición digital

Carta de Jamaica ✦ SIMÓN BOLÍVAR



Como conmemoración de los 205 años de la *Carta de Jamaica*, el Centro de Estudios Simón Bolívar inaugura su línea editorial con la publicación de este documento del Libertador, fundamental por su relevancia al contener principios fundamentales de su proyecto descolonizador y un certero análisis de la revolución independentista. Escrita por Bolívar en Jamaica, en 1815, tras enfrentar serias dificultades que lo llevan a trasladarse hasta allí y en medio de un contexto complejo ante el panorama en América y Europa, aun así traza las líneas de un proyecto que busca en la confederación de repúblicas alcanzar la soberanía, independencia y libertad, valores por demás vigentes en esta época.

